

á los tres hermanos, y resolvió enviarlos á España cargados de cadenas, junto con sus causas, confiando que si algo faltaba en ellas, el obispo Fonseca se encargaría de completarlas. Tal noticia llenó de júbilo á la canalla que hervía en Santo Domingo: ponían pasquines en las plazas, circulaban papeles difamatorios é iban á entretenerse en tocar cuernos cerca de la fortaleza donde estaba el almirante, para insultarle con el regocijo que producía su caída.

La comisión de conducir los presos se confió á Alonso Vallejo, criado de Fonseca, á quien debía entregarlos luego que arribase á Cádiz. Era Vallejo, por fortuna, hombre honrado y de buenos sentimientos. Entrando á la prisión con una guardia encontró al almirante muy abatido, pues al verse tratado tan indignamente había llegado á creer que aquella turba furiosa le sacrificaría sin más proceso ni defensa. Al ver entrar á Vallejo creyó llegada su última hora, y le dijo con tristeza: "Vallejo, á ¿dónde me lleváis?" "Al navío va vuestra Señoría," respondió Vallejo. Dudaba todavía el almirante y replicó: "Vallejo, ¿es verdad?" Tornóle éste á responder: "Por vida de vuestra Señoría, que es verdad que se va á embarcar." Estas palabras volvieron la vida al almirante. Entró en la carabela á principios

de Octubre, en medio de los insultos del populacho soez, cargado de cadenas como el más vil malhechor. Acompañáronle sus hermanos en el mismo estado. Por fortuna el viaje fué corto y feliz, haciéndolo más llevadero á Colón la noble conducta de sus custodios que le guardaron todas las consideraciones posibles, y aun quisieron descargarle de sus grillos. Esto último no quiso consentirlo. "No;" dijo, "los reyes me mandaron que obedeciese á Bobadilla; en su real nombre me han puesto estos hierros: los llevaré hasta que por su orden me sean quitados, y después los guardaré siempre como memoria del galardón de mis servicios." "Así lo hizo," añade su hijo D. Fernando, "porque yo los ví siempre en su retrete, y quiso que con sus huesos fuesen enterrados."

La llegada de Colón á Cádiz cargado de cadenas produjo casi tanta sensación como su triunfante regreso del primer viaje. Divulgóse al punto la fama de aquel suceso por toda la Península, donde produjo una indignación general. Nadie se detenía á investigar la causa: bastaba saber que Colón volvía con grillos, del mundo que había descubierto. Apenas llegaron los buques á Cádiz, el capitán permitió al prisionero que despachase un expreso con cartas á la corte; pero ignorando la parte que en todo aque-

llo podrían tener los soberanos, no quiso escribirles y sólo dirigió una larga carta á D.^a Juana de la Torre, señora distinguida que había sido ama del príncipe D. Juan. Esta carta, que aun se conserva (Navárete, I. 265), contenía una extensa vindicación de su conducta; y cuando fué leída á la noble D.^a Isabel, y vió por ella cuánto se había abusado de la autoridad real; y cuán grandes eran los agravios sufridos por Colón, no pudo menos que sentirse indignada y conmovida. Don Fernando por su parte, aunque en secreto fuese contrario al almirante, no podía oponerse al torrente de la opinión general. Así es que sin aguardar la llegada de las informaciones de Bobadilla, mandaron que los presos fuesen puestos en libertad, honrados por todos los medios posibles, y socorridos con dos mil ducados para emprender su viaje á la corte. Escribieron al mismo tiempo á Colón, manifestándole su pesar por todo lo acontecido, é invitándole á pasar á Granada, donde se hallaba la corte.

Presentóse Colón en ella con todo el brillo de un hombre que goza el favor del soberano, y los reyes le hicieron el más honroso recibimiento. La reina D.^a Isabel no pudo contener sus lágrimas al ver en su presencia á un súbdito tan digno y tan agravia-

do; y Colón que había sufrido con tanto valor los más crueles reveses de la fortuna, pero que poseía un corazón sensible, no pudo contener sus emociones al ver asomar lágrimas en los benignos ojos de D.^a Isabel. Arrojóse á sus piés, y en gran rato no pudo articular palabra, por impedírselo sus lágrimas y sollozos. Los reyes le abrazaron benignamente, y procuraron tranquilizarle con palabras cariñosas. Luego que se hubo recobrado un poco, hizo una elocuente exposición de su manejo, sosteniendo haber obrado siempre como súbdito fiel y celoso del esplendor y provecho de la monarquía, pues que si alguna vez había errado, debía atribuirse á su poca experiencia en cosas de gobierno y á las dificultades con que había tenido que luchar.

Poca necesidad tenía de tal vindicación quien era en realidad el agraviado, y á los soberanos tocaba más bien el vindicarse de la fea nota de ingratitud. Procuraron hacerlo desaprobando la conducta de Bobadilla y ofreciendo restituir á Colón sus prerrogativas é inmunidades. Creía éste, por lo mismo, que no tardarían en volverle á enviar en triunfo á Santo Domingo como virrey y almirante de la Indias; pero en nada pensaba menos D. Fernando. Era lo cierto, que aunque obligado por las circunstancias á

censurar oficialmente el exceso de Bobadilla, en su interior celebraba el resultado. Había ya conseguido, al parecer sin intervención por su parte, privar temporalmente á Colón de sus empleos y dignidades: pensaba por lo mismo aprovechar aquella circunstancia y no devolvérselos nunca. Pesábale ya haber concedido á un vasallo, y más á un extranjero, tan grandes privilegios y extensa jurisdicción. Bien que al concederlo no tenía idea de lo que otorgaba; pero los últimos descubrimientos de otros navegantes que habían seguido las huellas de Colón, parecían demostrar que aquellas tierras eran infinitas y de inagotable riqueza. De todas debía ser Colón virrey y almirante, según lo capitulado, y tener parte en todos sus productos. ¿Cómo pudiera ver sin recelo aquel suspicaz monarca, que un vasallo acumulase tanta riqueza y poderío? Por otra parte, Colón le era ya inútil: una vez abierto el camino, todos se atropellaban por seguirlo, y el gobierno recibía sin cesar propuestas de aventureros solicitando armar nuevas expediciones, sin pedir nada al erario, antes cediéndole una parte de los productos. No había, pues, necesidad de gastar en nuevos armamentos, ni de otorgar títulos ni dignidades para obtener lo mismo que otros ofrecían de balde, Era

preciso, sin embargo, buscar un pretexto para arrebatar á Colón lo que tenía concedido por las más solemnes capitalaciones. Encontróse en las discordias que afligían la colonia, dando por supuesto que su presencia contribuiría á exacerbarlas. Se le propuso por lo mismo que sería conveniente relevar á Bobadilla con otra persona de confianza, á quien se daría el gobierno por dos años, en cuyo tiempo calmarían las pasiones, y podría Colón volver al ejercicio de su autoridad, con más descanso para él y provecho para la corona. Colón tuvo que conformarse con este arreglo.

La persona elegida para suceder á Bobadilla, fué D. Nicolás de Ovando, comendador de Lares en la orden de Alcántara. Las noticias que diariamente llegaban del mal gobierno de Bobadilla, hicieron apresurar su despacho. Llevaba órdenes de quitar á éste el mando y enviarle en la misma flota; corregir los abusos introducidos, aliviar los tributos de los indios y procurar su conversión. Debía también informarse del perjuicio causado al almirante en su prisión y de las rentas que se le debían para indemnizarle cumplidamente de todo. Se le permitió al mismo almirante que nombrase un apoderado en la isla para cuidar de sus intereses. Él nombró al

punto á Alonso Sánchez de Carvajal. La flota de Ovando salió de San Lúcar el 13 de Febrero de 1502: era la mayor que se había despachado hasta entonces al Nuevo Mundo, pues se componía de 30 velas en que iban como dos mil quinientas personas; apenas hubo salido sufrió una terrible tempestad en que pereció uno de los buques, pero los demás llegaron felizmente á Santo Domingo el 15 de Abril.

Colón pasó en Granada más de nueve meses procurando poner orden en sus negocios, y recibiendo siempre la mejor acogida de los soberanos; pero sin lograr otra cosa, Triste época de su vida fue aquella, pues al paso que veía aventureros más favorecidos atropellarse en la vía por él abierta, encontraba cerrado el camino á nuevas empresas en las Indias. Presenció también los magníficos preparativos para la salida de su afortunado sucesor en el gobierno de que tan indignamente se viera despojado. Todo le traía triste y abatido; pero como si el fuego de su imaginación necesitara buscar un desahogo en empresas gigantescas, pensó llevar á cabo una nueva, que, según sus propios juicios, debía eclipsar todas las anteriores. Creía haber hecho muy poco con haber duplicado el mundo, y juzgaba que aquello sólo era el

primer paso para su proyecto favorito, del recobro del Santo Sepulcro. Pensó, pues, que era llegada la hora de formar una cruzada para plantar el estandarte de la fé católica en los lugares que santificó con su presencia y regó con su sangre el Redentor de los hombres.

De muy atrás venía la concepción de este proyecto. Seguía Colón la corte como pobre pretendiente y presenciaba el sitio de Baza en 1489, cuando llegaron dos frailes del Santo Sepulcro, participando en nombre del gran soldán de Egipto, que daría muerte á todos los cristianos de sus dominios y destruiría el Sepulcro, si los Reyes católicos no desistían de la guerra contra los árabes de Granada. Aquella amenaza produjo grande impresión en el ánimo del futuro almirante, y desde entonces parece que tomó resolución de aplicar los productos de sus descubrimientos á la piadosa empresa y arrojar de los Santos Lugares á los infieles. Desde las primeras capitulaciones con los reyes les manifestó su pensamiento, pidiendo que le ayudasen á ejecutarlo; y cuando á la vuelta de su primer viaje, no quedó ya duda de la existencia de las tierras que buscaba y de la realidad de sus títulos y rentas, hasta entonces condicionales, formalizó su solemne

voto de aprestar en el término de siete años un ejército de cincuenta mil hombres de á pie y cuatro mil de á caballo y además otro ejército igual en los cinco años siguientes. Sus viajes y empresas posteriores le estorbaron dar paso alguno para el cumplimiento de su promesa; mas ahora que veía cerrado el camino de las Indias, creyó ser ocasión oportuna de intentarlo. Aunque carecía de medios para ello, confiaba en que los reyes tomarían la empresa á su cargo, y para convencerlos se aplicó á reunir todos los pasajes de la Escritura y de las obras de los Santos Padres que á su parecer aludían al descubrimiento del Nuevo Mundo, la conversión de los gentiles y el recobro de Jerusalem; tres grandes fines á que se consideraba predestinado desde su niñez. No satisfecho con el acopio de su propia erudición, pidió auxilio á un monje cartujo, quien acabó de enriquecer el libro con algunas más profecías. Escribió al mismo tiempo Colón una larga carta para enviar su obra á los soberanos. Tan extraño volumen se conserva hasta nuestros días (Navarrete, II. 260); mas parece que los reyes no llegaron nunca á verlo, ni á recibir la carta.

Acaso el almirante habría hecho y sostenido su nueva proposición con la misma

energía y constancia que la primera, si los acontecimientos contemporáneos no hubiesen llamado otra vez su atención hacia el acostumbrado camino. Después de largas y á veces desastrosas tentativas, habían realizado los portugueses el gran pensamiento del infante Don Enrique. Vasco de Gama había doblado en 1497 el cabo de Buena Esperanza y abierto la deseada ruta para la India Oriental. Pedro Alvarez Cabral siguió sus huellas, y habiendo descubierto el Brasil por un accidente, cumplió su viaje y volvió con sus naves cargadas de las más preciosas mercaderías del Oriente. El descubrimiento del Nuevo Mundo no había hecho más que causar gastos á los reyes católicos, mientras que el hallazgo de aquel camino derramaba ya torrentes de riqueza en Portugal. Colón pensó por las observaciones hechas en su último viaje que hacia el istmo del Darién debía existir un estrecho para entrar al mar de las Indias, ofreciendo una vía más cómoda y segura para llegar á aquellas opulentas regiones. Presentó, pues, á los reyes el proyecto de una expedición en busca de aquel estrecho. D. Fernando acogió al punto la idea, pues tenía el más alto concepto de Colón como navegante, y pensaba que si el estrecho existía, nadie sería más

á propósito para hallarle. Quisieran algunos del consejo, que Colón no volviese á las Indias mientras no justificase su conducta; otros se detenían en los gastos de la expedición. A los primeros no se dió oído por la ciega confianza que la reina Da. Isabel tenía en la probidad de Colón; y á los segundos replicó esta animosa soberana, que cuando acababan de alistar una flota tan considerable sólo para conducir al gobernador Ovando, no debían negarse unos cuantos buques al descubridor, para objeto de tan alta importancia.

Obtuvo, pues, de los reyes las órdenes necesarias para el armamento, pero faltaba luchar con los tropiezos de Fonseca y sus agentes. Tan grandes fueron, que habiendo llegado Colón á Sevilla en el otoño de 1501, no consiguió tener lista su armada hasta mayo del año siguiente. Antes de partir arregló sus negocios; hizo sacar testimonios duplicados de las cédulas y privilegios reales con otros documentos importantes, que puso en lugar seguro; señaló la décima de sus rentas al banco de San Jorge en Génova, aplicada á disminuir los impuestos sobre víveres en aquella ciudad, y escribió una carta al papa Alejandro VI en que al participarle su voto de recobrar los Santos Lugares, le manifestaba las circunstancias

que habían estorbado el cumplimiento, y le prometía que al regreso de su viaje se presentaría al punto en Roma para dar cuenta á Su Santidad de todas sus expediciones.

Partió Colón de Cádiz el 9 de Mayo de 1502. Su armada se componía de 4 carabelas bien pequeñas en que iban ciento cincuenta personas. Le acompañaban su hermano D. Bartolomé, su hijo D. Fernando, de edad entonces de 14 años: consuelos inapreciables para un hombre anciano y enfermo, que con la indomable energía del espíritu procuraba vencer la decadencia del cuerpo. La edad abordaba ya á 66 años, y las fatigas, desvelos é infortunios habían minado su excelente constitución. Aquel viaje, el más largo y penoso de todos, iba á acabar de arruinarla.

Hecha la acostumbrada escala en las Canarias, llegó el 15 de Junio con próspero viaje á la isla Martinica; y aunque su intención era tocar en la Jamaica para seguir de allí al continente en busca del imaginario estrecho, resolvió pasar á la Española con el objeto de cambiar uno de sus buques que resultó muy pesado, tomando en su lugar algún otro de los que trajo Ovado. Sus instrucciones le prevenían expresamente que no arribase á la Española; pero se creía excusado por la necesidad. El 20 de Junio lle-

gó á la boca del río, y envió á tierra un mensajero para informar al gobernador del objeto de su arribada y pedirle permiso al mismo tiempo para abrigar su flota en el río, pues recelaba una próxima tormenta.

El momento era poco á propósito para aquella solicitud. Los más encarnizados enemigos del almirante, y entre ellos muchos de los secuaces de Roldán, se hallaban reunidos en Santo Domingo para regresar en la flota que iba á darse á la vela, y era la misma en que había venido Ovando. Tenía éste, á lo que parece, órdenes anticipadas para no permitir la entrada en la isla al almirante, y en cumplimiento de ellas hubo de negársela. Rogó Colón por segunda vez, que á lo menos se retardase la salida de la flota, para no exponerla á la tempestad que amenazaba; mas como la atmósfera estaba despejada y el tiempo muy sereno, se burlaron de su predicción. Colón por su parte salió del río lleno de indignación al verse rechazado de las mismas costas que descubriera, y fué á guarecerse de la tempestad que temía en algún ancón solitario de la isla. En el entretanto salió de Santo Domingo la flota, en cuya capitana iba Bobadilla, llevando consigo una gran cantidad de oro, al que fiaba la justificación de su conducta. También el agente de Colón embarcó en

uno de los buques cierta suma por cuenta de aquel. Apenas se hicieron á la vela cuando estalló la tormenta predicha por el almirante; el buque en que iban Bobadilla, Roldán y otros de sus principales enemigos, fué tragado por las olas, con la mayor parte de aquel mal adquirido tesoro: otras naves volvieron á Santo Domingo en muy mal estado, y sólo un buque se halló capaz de continuar su viaje á España. Por una coincidencia singular, este buque era el más débil de la flota, y el mismo en que iba embarcado el oro de Colón. Túvose aquello por una especial providencia, y aun la gente vulgar llegó á decir que el almirante había suscitado la tormenta por arte mágica para vengarse de sus enemigos: tan grande así era la admiración que había causado el éxito de su pronóstico y la milagrosa preservación de aquel navío.

Gracias á su previsión é inteligencia logró también el almirante la salvación de su flotilla. Protegióle por algún tiempo la vecindad de la tierra; pero creciendo la violencia de la tempestad, los buques se perdieron de vista y se dieron unos á otros por perdidos. El del almirante se mantuvo siempre junto á la tierra; los otros fueron llevados mar adentro; pero nadie corrió tanto peligro como el adelantado. Gobernaba el peor

buque de la escuadra, y sólo su extremada pericia en la náutica pudo salvarle. Al cabo de varios días de riesgos y fatigas lograron reunirse todos, aunque muy estropeados, en Puerto Hermoso, al extremo occidental de la isla.

Reparadas las averías lo mejor que se pudo, salió Colón en demanda de la Tierra Firme; pero sobrevino una gran calma y las corrientes le arrastraron á la costa meridional de Cuba. Mejorado el tiempo, partió de allí con rumbo al S. E. y para el 30 de Julio alcanzó tierra en Guanaja, isla inmediata á la costa de Honduras. Mientras su hermano el adelantado estaba en tierra, llegó una grandísima canoa, hecha de un solo tronco, en que venía un cacique con su familia. Traía la canoa veinticinco, remeros y su cargamento era de frutos y manufacturas de los países vecinos. Encontraronse en ella hachas de cobre, con una especie de crisol para la fundición de este metal; vasijas de barro, piedra y madera primorosamente labradas, armas semejantes á las macanas de los mexicanos, mantas de algodón de diversos colores y otras fábricas muy superiores á cuanto se había visto hasta allí en el Nuevo Mundo. Los indios mismos parecían más civilizados, é iban vestidos en cuanto exige la decencia. De ellos supo el almirante que venían de un

país rico situado al Occidente, y le instaban para que arribase á él. Tiénese entendido que hablaban de Yucatán. Uno ó dos días hubieran bastado para que el almirante llegara á aquellas costas; á ello se siguiera sin duda el descubrimiento de la Nueva España, y este desgraciado viaje que acabó con el crédito y la vida del almirante hubiera sido el más útil y glorioso de todos, cerrando su larga y azarosa carrera de un modo digno de su fama. Pero Colón sólo pensaba en el hallazgo de su soñado estrecho y despreció las instancias de aquellos naturales. Gobernó un poco al S. hasta acercarse al continente, y luego volvió la proa al E. luchando siempre contra las corrientes y los vientos contrarios. Acompañóle con la mayor tenacidad una tormenta casi continua, cuya violencia no podrá ser mejor descrita que usando las palabras del mismo descubridor: "Ochenta y ocho días había que no me había dejado espantable tormenta, á tanto que no vide el sol ni estrellas por mar; que á los navíos tenía yo abiertos, á las velas rotas, y perdidas anclas y jarcia, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma, todos contritos, y muchos con promesa de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces se habían llegado á confesar los unos á los otros. Otras

tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmorecieron, harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía allí me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años en tanta fatiga, y durar en ello tanto: Nuestro Señor le dió tal esfuerzo que él avivaba á los otros, y en las obras hacia él como si hubiera navgado ochenta años, y él me consolaba. Yo había adolecido y llegado fartas veces á la muerte. De una camarilla, que yo mandé facer sobre cubierta, mandaba la via. Mi hermano estaba en el peor navio y más peligroso. Gran dolor era el mio, y mayor porque le truje contra su grado, porque por mi dicha poco me han aprovechado veinte años de servicio que yo he servido con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja, si quiero comer ó dormir no tengo, salvo el meson ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote. Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas, y era de D. Diego mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposeionado de mi honra é hacienda, bien que tenia por cierto que allá como justos y agradecidos príncipes le restituirían con acrecentamiento en todo." (Navarrete, I. 298.)—Después de porfiar más de cuarenta días para

vencer tan sólo una distancia de 70 leguas, llegó á un cabo donde la costa quebraba repentinamente y corría hacia el Sur. Doblado este cabo abonanzó el tiempo y halló un viento favorable, por cuya causa le dió el nombre de *Cabo de Gracias á Dios*. Tres semanas anduvo por aquella costa tratando muy poco con los naturales, y el 5 de Octubre estaba en lo que hoy se llama Costa Rica. Allí empezó á ver algún oro, siendo más abundante conforme se acercaba á la costa de Veragua. Las noticias vagas que recogía de países ricos y civilizados, le hicieron creer que no se hallaba muy lejos del río Ganjes, y por extraña que parezca esta suposición, se explica en mucha parte por la creencia que ya hemos mencionado, de que la circunferencia del globo era mucho más pequeña de lo que es en realidad. Prosiguiendo su viaje descubrió á Portobelo y pasó adelante hasta un pequeño fondeadero que llamó el Retrete. Este era el último punto á que había llegado no hacía mucho Rodrigo de Bastidas, viniendo por el rumbo opuesto: de consiguiente no quedaba duda de la falta de un estrecho por aquella parte. Mas Colón no tenía noticia del viaje de Bastidas, según parece, y si abandonó su empresa fué por la extrema fatiga de las tripulaciones, rendidas de luchar contra el

cruel tiempo, y sobre todo por el mal estado de sus buques, todos comidos de la broma, insecto frecuentísimo en aquellos mares y que causa increíbles extragos en los cascos de las naves cuando no van forrados de cobre. Si Colón no halló el estrecho que buscaba, la reducida anchura del istmo en aquellos parajes prueba bien que su teoría no era infundada y que la naturaleza misma estuvo muy cerca de realizarla. Pudiéramos decir que no logró ella vencer el obstáculo que le oponía la inmensa cordillera de los Andes, tendida casi de polo á polo como una sólida barrera contra el continuo embate de las aguas; obstáculo que no podía entrar en los cálculos de Colón.

Del Retrete pensó volver á las minas de Veragua; pero los elementos parecían conjurados en su contra. Apenas hubo salido, el viento que hacia tres meses soplabá sin cesar del Este, siéndole siempre contrario cambió repentinamente, sólo por oponérsele de nuevo. Creció pronto á tal grado, que se renovaron con mayor gravedad los pasados peligros. Volveremos á cambiar nuestras descoloridas hipótesis por las enérgicas descripciones del almirante: "Llegado con cuatro leguas," dice, "revino la tormenta y me fatigó tanto á tanto que ya no sabía de mi parte."

Allí se me refrescó del mal lallaga: nueve dias anduve perdido sin esperanza de vida. Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para correr hacia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar fecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamas fué visto tan espantoso: un dia con la noche ardió como forno: y así echaba la llama con los rayos que cada vez miraba yo si me habia llevado los masteles y velas; venían con tanta furia espantables que todos creíamos que me habian de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que reseguaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida, que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navios ya habian perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertas, sin velas." Tres semanas continuó el mal tiempo, sin permitirle que acabase de pasar una distancia como de treinta leguas. Al cabo el 6 de Enero de 1503 tuvo la satisfacción de llegar á la costa de Veragua y dió fondo en un río, al que en reverencia de la festividad del día llamó *Río de Belén*.

Dos expediciones que hizo el adelantado D. Bartolomé en el interior de la tierra produjeron noticias tan satisfactorias de las ri-

quezas de las minas, que el almirante resolvió fundar una colonia en aquella costa. Ofrecióse D. Bartolomé á quedarse en ella mientras el almirante volvía á España por socorros y al punto se tomaron las disposiciones necesarias. Debían quedar en el establecimiento ochenta hombres, para cuyo abrigo se construyeron casas de madera y hojas de palma, á costa de un tiro de balleta de la embocadura del río de Belén. Que- daba también una de las carabelas para el servicio de la colonia.

Concluidos los trabajos se disponía el almirante á darse á la vela, cuando observó con gran pesadumbre que le era imposible salir del río porque al tiempo de entrar en él lo halló engrosado por las lluvias y habiendo cesado éstas, estaba tan disminuido su caudal, que en la barra de la embocadura faltaba el agua necesaria para sus pequeños buques. Hubo, pues, de resignarse á permanecer allí hasta las nuevas crecientes. Mientras tanto el cacique de la provincia formó el proyecto de acabar con los extranjeros, y lo hubiera ejecutado si no fuera por el celo y astucia de Diego Méndez, escribano mayor de la armada que descubrió la conjuración, y por el valor del adelantado que acabó la obra prendiendo al cacique en medio de su campo. Fugóse éste al tiempo de con-

ducirle y causó después graves cuidados á los españoles.

Aprovechando la primera creciente pasó el almirante la barra con tres buques, dejando el cuarto á la colonia, y ancló á una legua de distancia, en espera de un viento favorable para ir á la Española. Apenas vieron los indios que las carabelas se alejaban, cargaron sobre los nuevos colonos y les pusieron en grande aprieto. Un bote que envió el almirante á tierra para hacer aguada, fué tomado por los indios con muerte de todos los que le tripulaban. Su tardanza inquietó al almirante; pero sólo le quedaba un batel y no podía arriesgarlo en una barra tan peligrosa y con mar muy brava. Un marinero ofreció que iría á nado desde la barra á la colonia, y cumplió su palabra. Por él supo el alzamiento de los indios, y la resolución que habían tomado los colonos de volverse á los navíos luego que el tiempo permitiese, y abandonar aquella costa fatal. Amenazaba que si el almirante no quería recibirles, se embarcarían en la carabela que les dejaba, y se entregarían á merced de las olas, antes que permanecer allí más tiempo. Convencióse Colón de que era necesario abandonar por entonces la idea de poblar, dejándola para ocasión más oportuna; pero el embarque de la gente era impo-

sible á causa del temporal. Sus buques estropeados por las continuas tormentas y comidos de broma, no podian sostenerse tampoco mucho en una costa desamparada y con un tiempo tan recio. Lleno de angustia, sin saber qué partido tomar, y sufriendo «una fuerte fiebre,» pasaba días de tormentos y noches de agitación y de insomnio. En una de ellas, por efecto sin duda del delirio febril, creyó oír una voz celestial que le confortaba con estas palabras: "¡O estulto
" y tardo á creer y servir á tu Dios, Dios
" de todos! ¿Qué hizo Él más por Moisés, ó
" por David su siervo? Desque naciste, siem-
" pre él tuvo de tí muy grande cargo. Cuan-
" do te vido en edad de que él fué contento,
" maravillosamente hizo sonar tu nombre
" en la tierra. Las Indias, que son parte del
" mundo, tan ricas, *te las dió por tuyas: tú*
" *las repartiste adónde te plugo, y te dió po-*
" *der para ello.* De los atamientos de la mar
" oceána, que estaban cerrados con cade-
" nas tan fuertes, te dió las llaves, y fuiste
" obedescido en tantas tierras, y de los cris-
" tianos, cobraste tan honrada fama. ¿Qué
" hizo el más alto pueblo de, Israel cuando
" le sacó de Egipto? ¿Ni por David que de
" pastor hizo rey en Judea? Tórnate á él, y
" conoce ya tu yerro: su misericordia es in-
" finita: tu vejez no impedirá á toda cosa

" grande: muchas heredades tiene él gran
" dísimas. Abraham pasaba de cien años
" cuando engendró á Isaac, ¿ni Sara era mo-
" za? Tú llamas por socorro incierto: res-
" ponde, ¿quién te ha afligido tanto y tantas
" veces, Dios ó el mundo? Los privilegios y
" promesas que da Dios no las quebranta,
" ni dice despues de haber recibido el ser-
" vicio, que su intencion no era esta y que
" se entiende de otra manera: ni da marti-
" rios por dar color á la fuerza: él va al pie
" de la letra: todo lo que él promete cumple
" con acrescentamiento: ¿esto es uso?" Di-
" cho tengo lo que tu Criador ha fecho
" por tí y hace con todos. Ahora medio
" muestra el galardón de estos afanes y pe-
" ligros que has pasado sirviendo á otros."
Yo así amortecido oí todo: mas no tuve yo
respuesta á palabras tan ciertas, salvo llo-
rar por mis yerros. Acabó él de hablar
quien quiera que fuese, diciendo: "No temas
" confía: todas estas tribulaciones están es-
" critas en piedra mármol, y no sin causa."
Hemos copiado estas palabras que Colón
creyó oír, porque ellas muestran bien su
íntima convicción de que el auxilio divino
le sostenía en aquella empresa, y que su
gran descubrimiento no fué efecto de una
casualidad sino obra de una inspiración del
cielo. Es una idea altiva y grandiosa consi-

derar el Nuevo Mundo como un presente que Dios le hizo para que dispusiese de él á su antojo: idea muy atrevida para expresarla en una carta dirigida á los mismos soberanos, á cuya ingratitud se alude también claramente en las últimas palabras.

No hay duda de que Colón creyó de buena fe que había tenido una verdadera revelación. Confirmóle en su creencia la circunstancia de haber cedido el viento al día inmediato, permitiéndole verificar el embarque del adelantado y de sus compañeros. Todo fué puesto á bordo, y sólo quedó abandonado el casco de la carabela, que fué imposible sacar del río. Diego Méndez fué el alma de aquellos trabajos por su actividad y buen discurso, que el almirante recompensó dándole el mando de una de las carabeas.

Juntas las tres salieron para la Española á fines de Abril, pero iban en tan mal estado que fué preciso abandonar una en Portobelo. Poco más adelante se apartó Colón de la costa y el 1º de Mayo hizo rumbo directo al Norte: pero las corrientes le arrebataron al extremo meridional de Cuba adonde llegó el 30. Durante este tiempo padecieron infinito las tripulaciones de hambre y fatiga, apiñadas como iban en dos pequeñas carabelas, y obligadas á trabajar de

continuo en la bomba para impedir el ahogarse. Una tempestad en la costa de Cuba hizo chocar los buques uno contra otro, y acabó de estropearlos á tal grado, que después de algunos esfuerzos abandonó el almirante el empeño de ir á la isla Española, y sólo pensó en alcanzar algún puerto seguro en Jamaica. El 24 de Junio llegó á aquella isla y ancló en el puerto que llamó de *Santa Gloria*

Mas esto no bastaba, y era preciso pensar en salir de aquel destierro. Esperanza del arribo de otro buque, no lo había; pero el bravo Diego Méndez vino como siempre en su auxilio. Por indicación del almirante, y cuando á instancias del mismo Méndez se propuso á todos la empresa y todos la rehusaron, se ofreció él á pasar á la Española en una canoa de los indios. La distancia era de 40 leguas en un mar agitado sin cesar por las corrientes, no siendo nada remoto el peligro de zozobrar y perderse. Alistó Méndez su canoa, reforzándola lo mejor que pudo, y después de graves peligros é inauditos padecimientos, logró arribar á la Española, donde le dejaremos para referir con brevedad las triste escenas ocurridas en Jamaica después de su partida.

Considerando allí que sus buques no podían volver á navegar, les hizo encallar en

la arena atándolos el uno al otro. Llenáronse al punto de agua. Mandó formar chozas en la proa y popa para abrigo de las tripulaciones, y quedó de este modo fortificado en el mar. A nadie permitía ir á tierra sin permiso y tomó las mayores precauciones para conservar la amistad de los indios, de quienes dependía su subsistencia, y que desde el primer día habían venido en gran número con provisiones. Mas como este recurso podía ser transitorio, el activo y empeñoso Diego Méndez salió á recorrer la isla, y celebró contratos con los caciques para que proveyesen de víveres á los españoles en cambio de bujerías europeas. Volvió triunfante en una canoa que compró á los indios y desde entonces nada faltó á los españoles.

Meses enteros se pasaron sin tener noticia de Méndez. Los españoles, amontonados en estrechos alojamientos, mal alimentados y en un clima caliente y húmedo, enfermaron casi todos. Llegóse á creer que la canoa había perecido, y no les quedaba esperanza de llegar á tierra de cristianos. Esta consideración abatió enteramente á unos; pero en otros produjo el efecto contrario, irritándolos contra el almirante, á quien acusaban de ser causa de sus infortunios. Distinguíanse entre los descontentos dos her-

manos, Francisco y Diego de Porras, parientes del tesorero real Morales, capitán el primero de una carabela y contador de la armada el segundo. Hicieron creer á la gente que el almirante no pensaba en volver á España, de donde había salido desterrado, ni tampoco á la Española, cuya entrada le estaba prohibida, y que por lo mismo su resolución era permanecer en Jamaica hasta que sus amigos hiciesen algo por él en la corte. Añadían que había enviado á Méndez para cuidar de sus propios negocios, con orden de no volver, y que cuando así no fuese, la canoa habría perecido y no debían esperar ningún socorro. Sacaban de todo que harían bien en proveer por si mismos á su salvación, embarcándose en canoas de indios para ver de pasar á la Española, sin contar con el almirante que estaba demasiado anciano y enfermo para atreverse á tal viaje.

Formado así el motín, el día 2 de Enero de 1504, entró de pronto Francisco Porras en el camarote donde yacía enfermo Colón, y le acusó con palabras ásperas de su intento de no volver á España. Incorporóse en su lecho el almirante y trató de apaciguar al traidor; pero Porras no oía razones y gritó: «Embarcaos luego ó quedaos con Dios,» y volviéndole las espaldas añadió: «Porque